

IX. Lejos de París

En 1890 abandonó Francia, con inmenso pesar. Se dirigió en primer lugar a Inglaterra, fijando su residencia en Londres, donde vivió hasta 1895. En Londres se encontró con otros famosos libertarios, como Malatesta, Emma Goldman, Kropotkin o Pedro Gori. Además de las conferencias e intervenciones públicas en los medios obreros y anarquistas británicos, Luisa volcó gran parte de su energía en la actividad pedagógica, literaria y de divulgación del anarquismo. En el número 19 de Fitzroy Square funda en Londres la “Escuela Dominical Internacional”, junto con Sebastián Faure y H. W. Nevinson, en la que trataron de llevar a cabo sus ideales educativos libertarios.

A lo largo de su vida había escrito algunas novelas y dos pequeñas colecciones de versos, además de innumerables artículos y llamamientos a la lucha social, como el famoso manifiesto llamando a una reunión de mujeres titulado *Liga Internacional de Mujeres Revolucionarias* (1882). Sus novelas *La miseria* (1882), *Los campesinos* (1883 y 1886), *Los microbios humanos* (1886) y *El nuevo mundo* (1888) son principalmente descripciones de la miseria del proletariado y acusaciones vehementes contra la sociedad moderna. “En ellas se refleja toda la riqueza de su carácter extraordinario, sus sentimientos hondos y nobles hacia los humildes y explotados, y en particular esas relaciones misteriosas, casi místicas, que existían entre ella y las multitudes obreras de París ... Su

último trabajo de carácter literario fue un excelente libro sobre *La Comuna de París*”.

En los últimos años de su vida fecunda hizo algunas giras de propaganda por toda Francia. Tras un viaje de divulgación del anarquismo en la Argelia francesa, regresó a Europa. Como señala González Prada: “Casi octogenaria, recién salida de una penosa convalecencia, cuando había llegado la hora de reposar algo en la vida antes de ir a descansar eternamente en el sepulcro, realiza un esfuerzo supremo y sale a recorrer

el sur de Francia en una gira de conferencias”. Cuando se encontraba en Marsella, argumentando una vez más la necesidad de la revolución social, la muerte interrumpió bruscamente su actividad incansable. Era el 9 de enero de 1905. Miles de personas siguieron su féretro, envuelto en el estandarte de La Comuna de París.

“Se va -dirá Lucien Descaves- agotada, arruinada, exangüe, con la piel colada a los huesos, como un perro errante, habiendo dado (más que cien millones empobrecidos a fuerza de liberalidades) toda su existencia a los desgraciados.

Indiferente a sus propios y continuos infortunios, insensible

a las privaciones, a la fatiga, al frío, a los ayunos, no devuelve a la tierra más que un esqueleto, demasiado tiempo ambulante para no tener en fin derecho al reposo”.

Louise Michel, la “bonne Louise”.



La Campana

semanario anarcosindicalista - información y debate anarquista

Tercera Época
Cuaderno Núm. 3

10 de Enero de
2005

Cuaderno
Número 3
IIIª Época - Primer Semestre

La Campana

semanario anarcosindicalista - información y debate anarquista



LOUISE MICHEL
La comunera libertaria
Episodios de una vida militante

10 de Enero de 2005

En el centenario de Louise Michel, comunera y anarquista



Al cumplirse este 9 de enero cien años de la muerte de la militante anarquista Louise Michel (1830 - 1905), elaboramos esta breve biografía de una de las mujeres más extraordinarias que haya podido dar la edad contemporánea. Comunera y anarquista, socialista libertaria, luchó infatigable por la revolución social, contra la opresión y la miseria, ambas hijas de la ignorancia y la sumisión. Como señaló Rudolf Rocker. “El movimiento revolucionario ha dado origen a muchos tipos de mujeres notables, mujeres que merecen el amor y la admiración de las épocas venideras, pero no ha producido aún y es dudoso que lo ofrezca en el porvenir, una figura semejante a la de Louise Michel ... Su nombre vivirá eternamente en todos los corazones amantes de la libertad”.

Luisa Michel fue el ejemplo cabal de la mujer entregada a la lucha social por la emancipación de todos los oprimidos del mundo. Su enclenque figura, siempre enlutada por las víctimas del despotismo, abanderó las ansias de libertad y justicia de cientos de miles de personas, durante casi sesenta años. Su heroico valor, surgido de la fe inquebrantable en la justicia de sus convicciones, hizo palidecer en más de una ocasión a sus más sanguinarios enemigos.

En una ocasión, baleada a bocajarro por un sicario -un pobre hombre hambriento, un malpagado por la policía para que matase-, todavía fresca la sangre que manaba de su cabeza herida, tuvo el coraje de exigir que liberasen al matador y diesen de comer a su familia.

La Campana

semanario anarcosindicalista - información y debate anarquista

Editado por la Escuela Errico Malatesta, fundada en el seno del Sindicato Único de Trabajadores “SOLIDARIDAD OBRERA”

IIIª Época. Cuaderno nº 3 Se imprime el día 10 de enero de 2005. [DL PO-433-95]

Redacción: C/ Pasantería, 1-3ª (36002) Pontevedra
Teléfono: 986-86.31.44. Fax: 986-89.63.64
Correspondencia: Aptado 97 (36080) Pontevedra.

E-mail: lacampana@lacampana.org

Web: www.lacampana.org

A los siniestros jueces, que dudaban entre condenarla a muerte o a cadena perpetua en un presidio insular de Oceanía por su notable participación en el levantamiento revolucionario de La Comuna de París, les dijo: “Lo que yo reclamo de vosotros es el campo de Sartory donde mis hermanos han caído ya. Puesto que todo corazón que late por la libertad sólo tiene derecho a un poco de plomo, dadme mi parte. Si no sois unos cobardes, ¡matadme!”.

Mientras permanecía presa en la colonia de Nueva Caledonia, asistió a la matanza de cientos de nativos canacos a manos del ejército colonial francés, por el solo delito de resistirse a la desalmada explotación que ejercían sobre ellos los colonos europeos. Y fue entonces que Luisa decidió trasladarse a la selva y unirse a los nativos, mientras los gendarmes de la fortaleza se sorprendían de que no la matasen y la admirasen. Claro que ignoraban lo que la prisionera decía en lengua canaca a sus nuevos amigos: que también ella se había alzado en armas contra los mismos enemigos que ellos tenían y jamás dejaría de combatirlos.

Nunca fue pusilánime, ni frente a sus enemigos, ni ante sus hermanos trabajadores. A éstos, por muy hundidos que estuviesen en la miseria, por más terrible que fuese la pobreza y abyecto el servilismo que exigían los poderosos a todos sus víctimas, la “buena Luisa” les conminaba a la lucha y ella se ponía delante. Levantó hasta el final la rebelde bandera negra “que toma el luto de nuestros muertos y nuestros dolores” y “señala el camino hacia la libertad y la justicia”. Nunca tuvo, ni nunca quiso, otra paz que la del empeño tenaz e insoslayable en la libertad social y la solidaridad humana.

Luisa a seis años de cárcel y a diez años de supervisión por la policía, por incitar al robo de unas hogazas de pan y asalto a la propiedad. Ella describirá este incidente en sus memorias: “No era una cuestión de migajas de pan. Lo que estaba en juego era la cosecha de un mundo entero, una cosecha necesaria a la raza humana futura, un mundo sin explotadores ni explotados”.

Una gran multitud se concentró en la plaza Dauphine para protestar contra la severa condena, pero su acción no logró paralizar el proceso.

Luisa cumplirá íntegra la condena como prisionera. Se negó a solicitar una reducción de la pena ya que, según declaró, “mis verdugos querrían hacerse perdonar sus crímenes y yo quiero dejarles toda la vergüenza y todo el sentimiento de su mala acción”.

Cuando salió de la cárcel tenía cincuenta y nueve años y su madre, a la que Luisa siempre profesó un extraordinario cariño y cuidó aún en las circunstancias más difíciles, había muerto en 1885 sin que pudiese verla.

VII. Nueva persecución

Cuando Luisa sale de la cárcel, sus primeras palabras fueron: -“¡Seguiré luchando hasta la muerte!”

Cumplió a rajatabla, pero poco faltó para que la muerte se la llevara demasiado pronto.

Corría el año 1889. A los pocos meses de salir en libertad Luisa ofrecía un mitin en El Havre, cuando un espectador situado a su espalda le disparó dos veces a la cabeza. Detenido inmediatamente el agresor por los asistentes, aún le quedaron fuerzas a Luisa para pedir que lo soltaran, por más que una de las balas se le quedase alojada en la cabeza, detrás del pabellón auditivo, y la otra le desgarrase la oreja. Cuando numerosos periodistas se acercaron al hospital con ánimo de entrevistarla les dijo: - “¡Mejor harían ustedes ocupándose de la mujer de ese pobre hombre, que quizá se encuentre sin pan y sin recursos!”.

De hecho, Luisa se encargó de buscarle un abogado al pobre desgraciado, que efectivamente vivía en la pobreza extrema. A todos fue evidente que le habían pagado para realizar el crimen, aprovechándose de su miseria. Aunque gracias a los oficios de Luisa Michel fue indultado, murió pocos años después tuberculoso. Se dice que al morir no hacía más que repetir el nombre de aquella a quien había intentado asesinar y que tan humanamente le respondió.

VIII. Infamia policial

Mientras tanto, Luisa continúa su lucha infatigable. Es la suya una porfía inacabable, tanto como lo eran en aquellos momentos el hambre y la miseria de los obreros franceses. La participación de Luisa en mítines, conferencias y manifestaciones es constante. El nombre de Louise Michel es tan popular, que la policía busca nuevos métodos para deshacerse de ella, una vez que la represión, el encarcelamiento y el intento de asesinato, no sólo no la arredran sino que fortalecen su decisión y hacen crecer su fama.

Ahora, la policía intentará destruir a Luisa mediante la difamación, usando tretas y ardides cada vez más miserables. El 1 de mayo de 1890 los anarquistas convocaron a los obreros del pueblo de Vienne en el Isère a una manifestación. Al pasar el cortejo por delante de una fábrica de trajes, dos manifestantes la asaltaron y tiraron los trajes a la multitud, diciendo:

- “¡Trabajadores, coged la vestimenta! ¡Las hicisteis con vuestras manos, pero andáis con harapos y los patrones se enriquecen!”.

La policía disolvió la manifestación y detuvo a muchos de los participantes. Entre los detenidos se encontraba Luisa, que fue trasladada a la comisaría de la ciudad. Allí pidió de beber agua, ya que era sobria. Sin

embargo, la policía, conociendo ese detalle, le dio un brebaje que, al momento, la atontó y embriagó. Luisa divagaba al hablar y apenas sostenía su cuerpo. El comisario llamó a los periodistas y, delante de todos, dictaminó: embriaguez irresponsable. Poco después la dejó en libertad. Al leer los periódicos al día siguiente Luisa creyó enloquecer de dolor y rabia. Pero la sutil trampa se cierra cuando se le presenta un inspector de policía y le dice que se está fraguando una nueva trama contra ella. Aprovechando el efecto en la opinión pública de la basura periodística -le dice-, un confidente vendrá a vivir a este edificio y le prenderá fuego. Luego la acusarán a usted y la encerrarán en un manicomio alegando que está loca y alcoholizada.

Nunca llegó a saberse si este comisario formaba parte o no de la artimaña, pero en cualquier caso Luisa no quiso o no pudo superar la repugnancia que le producía la situación en Francia, comenzando un peregrinar por diversas naciones.



ban a los nativos canacos, Luisa aprendió su idioma, se internó en la selva y montó una escuela y una dispensaría, aunque tardó cinco años para obtener los permisos y libertad de movimientos necesarios. Trató de explicar a los indígenas la historia de La Comuna y la rebelión de “buenos blancos” contra la brutalidad de los “malos blancos que a ellos también les explotaban”.

Luisa permaneció en la isla y en la selva hasta julio de 1880 en que pudo volver a Francia, tras la promulgación de la ley que amnistiaba a los condenados de La Comuna. Cuando iba a subir al barco que la llevaría de regreso a Francia, aparecieron en el muelle cientos de canacos, que venían a despedir a su amiga y maestra. Emocionada, les hizo una promesa que nunca podría cumplir:

-“¡Volveré cuando mi madre haya muerto y fundaré una escuela en la selva!”, les dijo.

Su inestimable ayuda en la lucha del pueblo canaco contra la invasión y el racismo franceses se recuerda hoy en la capital de Nueva Caledonia, Noumea, donde hay un museo dedicado al anarquismo.

V. Regreso a Francia.

Con otros 25 compañeros de destierro, Luisa Michel regresó a Francia. Habían transcurrido nueve años desde la revolución, pero el ánimo de Luisa se mantenía en pleno vigor pese a las calamidades sufridas.

Tras la difícil y larga travesía marítima, llegaron los deportados a Francia en noviembre de 1890. El 21 de noviembre Luisa haría su primera aparición pública en una reunión obrera en París. Desde ese momento, se dedicó a pronunciar conferencias y mítines, así como a organizar a la clase trabajadora, que aún no repuesta de la terrible represión de nueve años antes, empezaba a manifestar su rechazo de los nuevos

políticos y clase capitalista.

En 1882 Luisa fue condenada a dos semanas de prisión por ofensas inferidas a la policía, y en esa misma época se adhirió definitivamente al anarquismo y continuó proclamando su adhesión inquebrantable a la revolución social, antiautori-

taria y socialista, única que traería a la humanidad “el mundo nuevo”, solidario y justo, que llevaba en su corazón. Fue en ese año que Luisa comenzó la más apasionada defensa de la bandera negra. El 18 de marzo de ese año, durante el discurso que conmemoraba el décimo aniversario de La Comuna, proclamó ante la multitud:

-“¡No más banderas rojas pintadas en la sangre de nuestros soldados! Yo ondearé la bandera negra que toma el luto de nuestros muertos y nuestros dolores”. Desde ese día enrolló la bandera negra en su cuerpo “como si fuera una pantalla en un tallo”.

El auge de la burguesía, la proliferación de las máquinas y fábricas no trajo consigo una mejora sensible de las condiciones de vida de los obreros. Ni siquiera disminuyó el paro. Por el contrario, la miseria de los trabajadores era cada vez mayor y los crudos inviernos de 1882 y 1883, en los que se alcanzaron temperaturas bajísimas, el hambre y la muerte por falta de calefacción se cobraron muchas víctimas.

VI. Cortejos del hambre

En esas condiciones de penuria extrema, los obreros parisinos decidieron manifestarse en la tarde del 9 de marzo de 1883 desfilando en los llamados “cortejos del hambre”, que recorrían diversas calles de la ciudad.

Luisa Michel encabezaba una de esas manifestaciones, portando una bandera negra. El cortejo pasó por la calle de Sevres, en la que había tres panaderías, que fueron asaltadas y repartido el pan. Intervino la policía y aunque Luisa, en un primer momento, logró escapar, nada más enterarse de que otros manifestantes habían sido detenidos se entregó voluntariamente a la policía.

Durante el juicio que siguió a la detención, celebrado el 21 de aquél triste mes, el fiscal hizo declarar a unos niños, que afirmaron haber visto como Luisa había hecho una señal con la bandera negra momentos antes del asalto a las tiendas. El Tribunal del Sena, tan corrupto como las autoridades que le exigían y aplaudían públicamente las inicuas sentencias, condenó a



LOUISE MICHEL, LA COMUNERA LIBERTARIA

Episodios de una vida militante

Corría el año 1830. Una vez más, los adoquines de las calles de París se habían levantado en nombre de la Libertad y las barricadas bloqueaban los barrios. A esas mismas horas, en una granja de Vroncourt, en el Alto Marne francés, una sirvienta, Mariana Michel, embarazada del hijo de los propietarios, daba a luz a una niña ilegítima, a la que pondrá el nombre de Luisa.

Para suerte de la niña, el abuelo, Etienne Charles Dehamis, un hacendado volteriano, partidario de los jacobinos y simpatizante del movimiento revolucionario “carbonario”, la acoge cariñosamente y favorece su instrucción. Pero este trato no durará mucho, ya que el viejo Etienne Charles muere pronto y su hijo, el padre de Luisa, se hace cargo de la granja. Justificándose con que la mujer con la que sí estaba casado no podía tolerar a Mariana y a su hijita en la casa -ambas testigos mudos y dolientes de la miserable condición humana del matrimonio-, las expulsó.

Más allá del hondo dolor que aquella injusticia pudiese imprimir en el corazón de la pequeña Luisa y de las difíciles circunstancias económicas que tuvieron que afrontar madre e hija, la expulsión permitió a Luisa continuar sus estudios bachilleres en Chaumont y obtener el título de institutriz en 1852.

I. Joven maestra

Aún siendo muy joven se le nombra maestra en Adeloncourt y ejerce, como se dice en la época, con talante republicano y método experimental. Los niños entonan la Marsellesa (su “oración civil”, decían), pasean por

el campo, recogen e identifican plantas, domesticar animales y observan el “libro de la naturaleza”.

Cuando se proclamó el Imperio Francés de Napoleón III (1851-1871),

el canto revolucionario fue prohibido y la propaganda republicana proscrita. Una imposición monárquica pretendía que las buenas gentes de orden, en el momento final de la misa, rezasen una oración por el Emperador. Los niños de la escuela de Luisa Michel, porque la maestra les había dicho que “sumarse a una súplica por el tirano era un sacrilegio”, no lo hacían.

En palabras de Rudolf Rocker: “Cuando abandonó el castillo donde pasara su juventud y entró en el mundo como maestra de escuela, estaba imbuida de ideas radicales y anticlericales. Pero esas ideas no estaban de acuerdo con la enseñanza que se impartía en las escuelas de Napoleón III. ¿Qué importaba? Louise instruye a los chicos conforme a sus convicciones y no como lo exige el gobierno imperial. Refiere a los niños que Napoleón es un criminal, un tirano, un traidor a la República, les enseña cantos revolucionarios y otras cosas”.

Varios padres de alumnos denunciaron a la profesora. El rector de la academia, que estimaba sinceramente a Luisa, le pidió que contemporizase con los tiempos, a lo que ella se negó. En realidad la respuesta la dio a los pocos días, con la publicación de una carta en un periódico de Chaumont, en la que juega hábilmente con el doble sentido. El ensayo, calificado como “trabajo histórico”, comenzaba así: “Reinaba Domiciano. Había expulsado de Roma a los filósofos y sabios, aumentando el sueldo de los pretorianos, restablecido los juegos capitolinos y todos adoraban al emperador, en espera de que fuese apuñalado. Para unos, la apoteosis va delante y para otros detrás: eso es todo. Nosotros nos encontramos en Roma en el año de gracia 95”.

En esta ocasión fue el comisario de policía el que llamó a la joven maestra y, en el interrogatorio, Luisa se defendió con la misma habilidad demostrada en la redacción del escrito.

- “Señorita -dijo el prefecto-, usted ha insultado al emperador comparándolo con Domiciano. Si no fuese tan joven, la enviaría a Cayena”, la temible prisión en las colonias sudamericanas.

- “Me parece, señor Prefecto -replicó Luisa-, que son quienes han reconocido al emperador en Domiciano quienes corren mayor peligro. Y dicho esto, no me disgustaría ir a enseñar en Cayena; pero lo malo es que no tengo dinero para pagarme el viaje”.





Sin poder precisar una denuncia concreta, el pre-fecto la dejó marchar, pero para Luisa comenzaron tiempos de boicot, de vacío. La pequeña sociedad provinciana de Chaumont le retiró la palabra e impidió que continuase en la escuela. Durante un tiempo, en 1855, logró abrir otra escuela en Clefmont, pero una

vez más tuvo dificultades con las autoridades.

Luisa Michel soñaba con abandonar aquella asfixia y escapar a París, donde todas las revoluciones comenzaban. Lo logró en 1856, cuando tenía 26 años, al conseguir un puesto en una escuela para señoritas en Vía Thevenat, para dar clases de literatura y geografía. Era una escuela libre, pues si hubiera pretendido impartir enseñanza en una escuela pública, hubiese tenido que prestar juramento de fidelidad al emperador. Este tipo de escuelas pagaba muy mal, por lo que Luisa, para poder sostenerse y ayudar a la madre que de ella dependía, además tuvo que dar clases particulares de música y dibujo, tan mal pagadas como la propia escuela.

Con todo, no le faltó tiempo -arrebatao al sueño y al descanso- para asistir a los clubes revolucionarios del Barrio Latino, en los que se fraguaba la revuelta contra el emperador. Conoce y entabla amistad con los revolucionarios de izquierda y futuros dirigentes de La Comuna, Jules Vallés, el novelista, Eugene Varlin, Emile Eudes, Théophile Ferré, entre otros. Asimismo, forma parte del grupo “El derecho de la mujer”, frecuentado por las socialistas y feministas Marie Deraismes, André Leo, responsable del periódico *La Sociale*, y Jules Simon.

Como recordará Roker: Luisa “Participa en todas las tentativas revolucionarias contra Napoleón III y, cuando el trono imperial cae destruido en la vorágine de la guerra franco-alemana, ella es la primera en atacar a la llamada República de Septiembre, la república de la burguesía francesa”.

Según la biografía elaborada por F.J. Cuevas Noa “El 12 de enero de 1870 tomó parte, vestida de hombre para camuflarse, en los funerales del periodista demócrata Victor Noir que había sido asesinado por Pierre Bonaparte, el hermano del emperador. Sobre la tumba de Noir, Louise juró llevar luto para toda la vida”. A estas alturas, ya era miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores, AIT, también conocida como Iª Internacional.

II. La Comuna

Durante el gobierno revolucionario de La Comuna en París (28 de marzo a 27 de mayo de 1871), Luisa Michel se entregó en cuerpo y ánimo a la revolución social, aún cuando discrepara en muchas ocasiones de la visión centralizadora y jacobina de muchos comuneros. Se la veía en todas partes, en las barricadas, en los hospitales cuidando los heridos, presidiendo el Club de la Revolución instalado en la iglesia de Saint Bernard de la Chapelle... Rudolf Roker escribirá: “Viene después el 18 de marzo de 1871; la capital (París) sublevada proclama La Comuna. Louise Michel adquiere fuerzas gigantescas, es la encarnación del temperamento revolucionario, la personificación del entusiasmo rebelde. Es incansable en su actividad. Habla a las multitudes y publica sus artículos fragorosos en *Le cri du Peuple*”.

Durante la Semana sangrienta iniciada el 22 de mayo, en que las tropas imperiales habían logrado romper las defensas de La Comuna, Luisa combatió día y noche, retrocediendo de barricada en barricada en una lucha desesperada. Fusil en mano resulta herida en el asalto de Port-Ivry, pero antes de que la herida se cure, se halla nuevamente en el campo de batalla.

El día 28, último de La Comuna, se encontraba en la barricada de la calle Caulaincourt, con sólo siete defensores. A media mañana eran tres. Al poco, recibió un golpe, perdió el sentido y, dada por muerta, fue arrojada a una zanja en la que se acumulaban los cadáveres.

Cuando recuperó el conocimiento, ya nadie había a su lado, por lo que inmediatamente corrió a su casa, donde la portera le informó que los soldados “han venido a buscarla y como no la han encontrado, se han llevado a su madre al bastión 37 de las Fortificaciones”. Sin pensarlo dos veces corrió allí, empujó al centinela que guardaba la puerta y entró en el patio, donde estaba su madre. Luisa gritó a los soldados:

–“¡Soltadla! Es a mí a quien buscáis: yo soy Louise Michel”.



En medio del alboroto, un soldado gritó:

– “¡A formar! ¡Llega el general Marqués de Gallifet!”

– “Yo soy Gallifet”, dijo el general. “¡Gentes de Montmartre; me consideráis muy cruel, pero lo soy más de lo que pensáis!”.

En medio del silencio que siguió a aquella amenaza, se oyó una irónica voz de mujer que replicó: – “Yo soy Lindoro, pastor de este rebaño”.

Dominado por la ira, el general ordenó disparar a bulto. Sin embargo, los soldados no se movieron. Fuera de sí, el general marquesito señaló con la fusta a dos prisioneros, elegidos al azar y sentenció:

– “¡A esos dos, fusiladlos!”.

Ambos desgraciados fueron asesinados ante el terraplén, mientras los demás presos permanecían en pie. Solo aquel aristócrata general hizo matar a más de 5.000 prisioneros, entre ellos a cientos de heridos, que eran fusilados tras ser desalojados de los carromatos que hacían la vez de ambulancias.

La jactancia brutal del marqués no era gratuita, como no lo está siendo ahora mismo el cinismo de los oficiales norteamericanos en el asalto a la ciudad iraquí de Faluya, ellos también rematando heridos por las calles, o la demencia destructiva del ejército israelí sobre el pueblo palestino, o la siniestra petulancia de Putin, tras sembrar la muerte en Chechenia.

III. La primera condena

Terminaba el día 28 de aquel aciago mayo de 1871. Por la noche, la cordada de presos comenzó un largo viaje bajo la lluvia. Cada día, el suboficial de turno leía algunos nombres y les entregaba una pala para cavar la fosa que habría de cobijarlos una vez fusilados. En poco tiempo, más de 25.000 comuneros fueron de ese modo asesinados. En ciertos lugares de ejecución, los *mataderos*, se utilizaban ametralladoras para matar más de prisa. “Durante las matanzas -escribió Georges Bourgin-, se vieron en el Sena largas riadas rojas”.

Un día llamaron a Luisa, pero para enviarla a Versalles, donde le “formarían Consejo de Guerra”.

En la cárcel de Versalles permaneció seis meses, hasta el 16 de diciembre, en que fue llamada ante el Tribunal del Consejo de Guerra. Completamente vestida de negro, se negó a participar en el juicio. Su cuerpo enclenque se agigantó ante los verdugos. Asumió todos los cargos, “darse en cuerpo y alma a la revolución de la Comuna”, reclamando para sí la pena de muerte que se había llevado a tantos amigos y compañeros:

“Lo que yo reclamo de vosotros es el campo de Sartory donde mis hermanos han caído ya. Puesto que al parecer todo corazón que late por la libertad no tiene derecho más que a un poco de plomo, reclamo la parte que me corresponde. Si ustedes me dejan con vida, no dejaré de pedir venganza y proclamaré ante mis hermanas que deben tomar venganza de los asesinos de la Comisión de indultos”.

El consejo la condenó a prisión a perpetuidad en una fortaleza, por lo que fue inicialmente recluida en la prisión de Auberive, en el Alto Marne.

IV. Deportación

Tras su condena en 1871 e inicial reclusión en la fortaleza de Auberive, Luisa fue deportada a la isla de Nouméa, una colonia penitenciaria francesa situada en medio del océano Pacífico, en el archipiélago de Nueva Caledonia. Comenzó su viaje hacia las antípodas el 8 de agosto de 1873. Sus biógrafos señalan que fue en este viaje que se declaró decididamente como anarquista, tras reflexionar sobre todo lo ocurrido durante la revolución de La Comuna y la deriva autoritaria del gobierno comunal en las últimas semanas.

La vida de los penados en la colonia era inhumana y terrible. Luisa, que se negó a aceptar un trato mejor que el de sus compañeros, asistió horrorizada en aquel lejano rincón de Oceanía a la matanza de cientos de indígenas canacos que, hartos de la explotación de los colonialistas franceses, se habían levantado esgrimiendo cuchillos, lanzas y flechas, contra los poderosos cañones y fusiles del ejército francés. Sin arredrarse de la fama de brutos y caníbales que los franceses achaca-